

Jan Krikke

La debacle de la OTAN en Ucrania anticipa la muerte del atlantismo

La disputa pública entre el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky y el presidente estadounidense Donald Trump en la Casa Blanca la semana pasada conmocionó a toda Europa, y con razón.

Mientras Trump aboga por el fin de la guerra en Ucrania y anuncia un cambio radical en la política estadounidense, Europa se encuentra atrapada en un terreno geopolítico inexplorado. Se distanció de China, cortó lazos económicos con Rusia y no supo anticipar el histórico cambio estratégico de Trump.

Para empeorar las cosas, Europa se descalificó a sí misma como interlocutor confiable después que los líderes de la UE admitieran públicamente que las negociaciones de Minsk se utilizaron para ganar tiempo para armar militarmente a Ucrania. En pocos años, Europa logró aislarse en el escenario mundial.

Olvidando la historia

Henry Kissinger dijo una vez que Estados Unidos no tiene amigos permanentes, sólo intereses. La guerra en Ucrania es un claro ejemplo de ello.

Hace unos 30 años, la mayoría de los países europeos, influenciados por una ola neoliberal en Estados Unidos, eligieron una serie de líderes políticos de mentalidad atlantista que estaban de acuerdo con las políticas neoliberales estadounidenses.

Los sucesivos gobiernos estadounidenses, incluidos Bush, Clinton y Obama, apoyaron la expansión de la OTAN. El pretexto fue la expansión de la democracia y la libertad, lo que ocultó las razones geopolíticas y económicas que se remontan a la era colonial.

La teoría del corazón, desarrollada por el geógrafo británico Halford Mackinder a principios del siglo XX, sostenía que la hegemonía occidental dependía de la división del continente euroasiático.

Mackinder abordó la geopolítica como una batalla entre las potencias marítimas emergentes (principalmente de Europa occidental) y las potencias terrestres (Rusia, China, India). El desarrollo de los ferrocarriles desafió el poder hegemónico marítimo de Occidente.

En la década de 1980, el estratega geopolítico estadounidense Zbigniew Brzezinski actualizó la teoría del Heartland e identificó a Ucrania como la nación central en la batalla por el continente euroasiático.

La expansión de la OTAN desde la década de 1990 fue orquestada por los protegidos de Brzezinski y defendida por sucesivas administraciones estadounidenses.

El razonamiento era que las potencias marítimas occidentales sólo podrían mantener la hegemonía global manteniendo dividido el continente euroasiático. La Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda (BRI, por sus siglas en inglés) de China, que se extiende por todo el continente euroasiático, también preocupaba a los atlantistas.

La Iniciativa del Cinturón y la Ruta de China en última instancia integrará al continente euroasiático.

Desde una perspectiva atlantista, la guerra en Ucrania cumplió su misión: aislar a Europa del continente euroasiático. La voladura del gasoducto Nord Stream que conecta Rusia con Europa formaba parte del programa.

Pero los atlantistas no podían prever que Trump cambiaría tan drásticamente el tablero de ajedrez estratégico.

El viejo adagio «sigue el dinero» sigue siendo válido. Estados Unidos se enfrenta a una deuda nacional creciente e insostenible, un déficit presupuestario perenne y déficits comerciales cada vez mayores. Estos déficits triples sólo pueden sostenerse mientras el dólar sea la moneda de reserva mundial.

Estados Unidos gana billones de dólares como «cabina de peaje» del sistema global del dólar, pero el gobierno estadounidense ya ha tomado prestados 36 billones de dólares para cubrir sus déficits presupuestarios. Los pagos de intereses de la deuda nacional son mayores que el presupuesto de defensa y están aumentando. De seguir la trayectoria actual, Estados Unidos se encamina hacia el impago o la hiperinflación.

La prioridad de Trump es restablecer la salud fiscal de Estados Unidos y asegurarse de que el dólar siga siendo la moneda de reserva mundial. Esto explica tanto su despiadada reducción de costos como amenazar con sanciones a los países que intenten desdolarizarse.

Negación profunda

Occidente nunca logró convencer a Rusia de que la expansión de la OTAN hasta la frontera rusa no suponía ninguna amenaza para ella. Sin preocuparse por la posible reacción rusa, presentó la expansión de la OTAN como un ejercicio de democracia y libertad. La ideología triunfó sobre el pragmatismo.

Pero el descenso será doloroso. Al principio de la guerra, los medios occidentales describieron a Rusia como una potencia débil y corrupta, con una economía moribunda y un ejército ineficiente. Occidente, demasiado confiado o históricamente ingenuo, se apoyó en tres pilares que se desmoronaron uno tras otro:

- Las sanciones para debilitar o colapsar la economía rusa y provocar un levantamiento contra Putin fracasaron
- Aislar a Rusia del Sur Global, incluidos China y la India, fracasó
- La derrota estratégica que se infligió a Rusia con las armas superiores de la OTAN fracasó

Convencido de que Rusia podía ser derrotada, Occidente no se molestó en formular un plan B.

Cuando quedó claro que Rusia no podía ser derrotada, Occidente dio vuelta la situación. Rusia ya no era un estado débil con un ejército impotente, sino una amenaza existencial para Europa.

Rusia tiene una economía del tamaño de España, con menos de un tercio de la población europea y una cuarta parte del presupuesto de defensa europeo (unos 84.000 millones de dólares frente a los 326.000 millones de Europa), pero ahora se dice a los europeos que, si no defienden a Ucrania, tal vez tengan que luchar contra los rusos en sus propias fronteras.

Los líderes europeos que se niegan a comprender que se inició el juego final ahora son incapaces de ofrecer propuestas de paz y redoblan su locura estratégica: ayer discutieron la creación un fondo de defensa europeo colectivo para construir una industria de defensa que no dependa de Estados Unidos.

Los expertos pronostican que Europa podría tardar diez años en alcanzar la autosuficiencia militar, por no mencionar que un número cada vez mayor de países europeos están expresando su descontento con la política hacia Ucrania. La mayoría de los líderes de la UE tienen índices de aprobación inferiores al 30%.

La debilidad de Europa es intrínseca y no se puede disimular. Un analista geopolítico chino describió recientemente el dilema: «Europa está formada por países pequeños y países que no se dan cuenta de que son pequeños (en el contexto de la geopolítica)».

Si Estados Unidos, Rusia y China discuten una arquitectura de posguerra –una Yalta II– Europa puede verse relegada a un segundo plano. Cuando las cosas se pongan difíciles, Europa carecerá del apalancamiento estratégico que pueden ofrecer los «tres grandes».

Descenso histórico

El mayor desafío para la élite de la UE es gestionar la opinión pública durante el inevitable retroceso en su cruzada ideológica.

Desde 2014, cuando Rusia recuperó el control de Crimea, los medios occidentales han servido como brazo propagandístico de los atlantistas, algunos patrocinados por la USAID. Demonizaron a Putin y a Rusia las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Cualquiera que pronunciara una palabra de crítica a Zelenski o a Ucrania era presentado como un activo prorruso.

El bombardeo incesante de propaganda antirrusa fue sumamente eficaz. Una encuesta reciente en Gran Bretaña indicó que más del 80% de los encuestados estaba a favor de desplegar tropas sobre el terreno en Ucrania, sin importar que todo el ejército británico cupiera en el estadio de Wembley.

El virus atlantista que infectó a Europa en las últimas tres décadas ha transformado el panorama ideológico.

Hoy, la derecha proverbial, como la AfD en Alemania, pide paz, mientras que la izquierda neoliberal, incluidos los «Verdes», son los animadores de la continuación de la guerra. En Europa apenas se habla de esta histórica inversión de roles.

Los partidos verdes europeos que tienen sus raíces en los levantamientos estudiantiles de 1968 y

las protestas contra la guerra de Vietnam, como el alcalde «verde» de Ámsterdam, exhiben ahora un tanque ruso quemado como trofeo de guerra.

Cuando la paz regrese a Ucrania, Europa haría bien en analizar la inversión de roles ideológicos que contribuyó a la tragedia de Ucrania.

[Fuente: [Observatorio de la Crisis](#)]